

mondaban la contestacion de las cartas que creian difíciles, y los mas me tomaban consejo. No era yo, ciertamente, mayor en edad que ellos; pero á mi carácter reservado debía yo las consideraciones que me dispensaban. Tanto oí hablar de amores, tan dulces me parecian las frases estampadas en las cartas que leia, que fué despertando en mí el deseo de ser amado. Un dia me permití el lujo de asistir á un baile de Carnaval. Y no crea vd. que el Carnaval de Mérida se parece al de otros pueblos, en donde esos dias son de escándalo y desórden, no; allí se divierten y bailan las clases todas de la sociedad, cada una en su respectiva esfera.

El baile á que concurrí, estaba encantador. Aquel salón espacioso estaba literalmente lleno de elegantes damas y caballeros, entre los que reinaba la mayor cordialidad y franqueza. Allí estaba Isabel. Isabel es una jóven de diez y seis años, á quien creí, antes de ver á vd., la mas linda y buena de las mujeres. Yo, Emma, siempre he tenido una idea poco sublime del baile; me parece hasta

ridículo; pero Isabel estaba bailando, y como yo ignoraba el modo de mover los piés al compás de una danza habanera, logré con mil afanes bailar con Isabel. Hice lo que todos los hombres hacen; incurrí en la vulgaridad de declararle mi amor en medio de la danza, y entre el confuso ruido de un baile de Carnaval. Isabel tuvo el talento necesario para hacerme concebir una esperanza, sin corresponderme. Pasaron los dias y... fuí dueño del cariño de Isabel. Su familia llegó á saber nuestras relaciones, y pareció, si no complacida, resignada. Poco á poco fué terminando aquella tranquilidad, y la mamá de Isabel me declaró una guerra á muerte. La pobre niña me amaba; pero no tenia la fuerza de voluntad necesaria para contrarrestar aquella oposicion. Grado á grado fuí comprendiendo que Isabel no tenia la inteligencia que yo deseó en la mujer que ha de cautivar para siempre mi corazon. Isabel es muy buena, Isabel me ama; pero odio á su familia, hay en ella algunos pretendidos misterios que no lo son para mí, y no me

quedó otro arbitrio que huir de Mérida. Me despedí de Isabel, sin prometerle volver. Ella me entregó un retrato, que tenía detrás estas solas palabras: “No me olvidés.” En mi cartera llevaba yo esa fotografía cuando me senté ayer á la mesa á la hora del *lunch*. Cuando me retiré á mi camarote, despues de haber contemplado á vd., rompí la fotografía y arrojé los pedazos al mar. Yo amé á Isabel mientras creí que no podía sentir mayores emociones que las que ella me causaba. Hoy estoy convencido de que no puedo amarla despues de haber visto á vd., Emma; he hablado á vd. como hablan los católicos á su confesor á la hora de la muerte. Yo no le pido sino que no se ria de este pobre loco. Perdóneme vd. y nada mas.

Emma no era una mujer vulgar. Me prestó atención durante mi relato, y cuando hubo terminado quedóse un rato silenciosa; pero á poco me preguntó:

—¿Sabe vd. alguna pieza á cuatro manos?

—La “serenata” del Fausto.

—Pues si vd. no tiene inconveniente, la tocaremos, porque esa ópera, como todas las de Gounod, me encanta y la he estudiado alguna vez. Veremos si es posible ejecutarla.

—Emma, repuse yo, nada sería tan grato para mí como tocar en su compañía; pero francamente, soy un simple aficionado, y vd. es casi una artista; perdóneme vd., no debo acompañarla.

—¿Y si se lo pido por la memoria de Isabel, de esa jóven que á esta hora estará suspirando por vd?

—Calle vd., por piedad. Ese nombre pronunciado por otra persona que no fuese vd., sonaria en mi oído como una melodía que cree uno haber escuchado alguna vez sin saber dónde; pero en los lábios de vd., Emma, suena como una voz que me dice que he sido poco discreto y que no debo esperar sino la amargura del desden ó la indiferencia.

—¿Tocamos ó nó, la “serenata?”

—Si vd. lo ordena.....

—Lo suplico.

Estas dos palabras llegaron tan dulcemente á mi oído, que lleno de emoción, ébrio de felicidad, pues la esperanza es un bien supremo, me senté al piano.

Afortunadamente no he pretendido nunca ser reputado como excelente músico. Pienso, y no debo equivocarme, que esa vez he tocado peor de lo que siempre lo he hecho. Sin embargo, Emma, galante ó generosa, no sé, me aseguró que habíamos desempeñado bien la "serenata."

Habia yo respirado el aliento de aquella mujer encantadora; sus ojos negros se habían fijado mas de una vez en los míos como para alentarme á continuar en la ejecución, y se necesitaba ser de bronce para no sentirse abrasado por el fuego del amor. En aquellos momentos no hubiera cambiado mi situación por la de ningún hombre.

Iba yo á arrojarme á los pies de Emma, para jurarle mi adoración, cuando apareció el capitán.

—¿Parece que ya son vdes. dos buenos amigos? Extraño sería que sucediese lo con-

trario: ¿cuándo dos personas aficionadas al arte han dejado de simpatizar y comprenderse? He escuchado la "serenata"; muy bien, señor don Carlos; en nuestro viaje anterior me negó vd. esta habilidad que posee. Ya se vé, no habia aquí personas que mereciesen la pena.

—Capitán... yo...
—Basta, abandonen el piano y vamos á ver el mar. Parece á esta hora una esmeralda inmensa; así está de hermoso y tranquilo.

—Por lo visto, no hay temores de mal tiempo, dijo Emma.

—No lo he temido por lo que hace al mar, pero otra tempestad.....

—Subamos, exclamé entonces, para evitar conflictos.

En medio de tanta ventura, habia yo olvidado que muy pocas horas iba á durar ya el viaje. ¡Separarnos! ¡Ah! no, no es posible dije entonces; esta noche quedará resuelto mi porvenir.

Un general que va á dar una acción, en la

cual peligran su buen nombre y su vida misma, se halla ménos emocionado que un hombre de corazon, de pasiones ardientes, ante la mujer que ama y de cuyos lábios espera una sentencia de ventura sin límites ó de dolor infinito.

Temblaba yo como un niño en presencia del sínodo que va á calificar sus adelantos; Emma estaba frente á mí, y sus miradas me abrasaban; queria yo hablar, y la lengua se anudaba en mi garganta. ¿Cómo dar principio á eso que el vulgo llama la declaración?

—Menos tímido ante los peligros del mar creía á vd., señor don Carlos, me dijo Emma viendo que en mí pasaba algo de extraordinario—mi hermano el capitan me habia contado que no era este el primer viaje que hacia vd. y sin embargo, este “norte” le parece á vd. una tempestad y ya no puede vd. ni hablar.

—Emma, no es el peligro, de que aun no habia tenido la mas ligera idea, lo que me hace enmudecer ante vd. nó, son las dudas

con que lucho, es mi alma que no cree tener fuerzas bastantes para apurar un desengaño. Emma, no soy cobarde ante el rugido de las olas que se elevan al derredor de nuestra nave; pero lo soy, y mucho, ante esos lábios que con un acento mas dulce que aquel con que las aves se quejan, va á decidir mi suerte.

—¿La suerte de vd? ¡No lo comprendo!

—Es que adoro á vd. con locura, y que le ruego dè aliento á mi corazon, ó marchite de una vez mis esperanzas.

—Carlos, piense vd. que el silbido del viento, lo forman las quejas que en su desesperacion al verse abandonada, burlada, Isabel le dirige á vd. y hasta á mí, cuando desearia yo tener influencia en vd. para hacer que no la olvide. No, yo no quiero interponerme en la senda de nadie; yo no quiero amargar el goce supremo del amor con el martirio del remordimiento; yo quiero ser feliz, pero sin que mis sonrisas cuenten lágrimas. Esa jóven que ha quedado pensando en vd. en sus riberas natales; que en es-

tos momentos pide al cielo, seguramente, que blanda brisa conduzca esta nave; esa joven que no ha dado á vd. el menor motivo para que la abandone, esa es la que debe hacer á vd. feliz; no yo, la desconocida, la hija de otras regiones, la viajera á quien por casualidad se encuentra en medio de las soledades del mar, y á quien una ilusion propia de la imaginacion ardiente de vd., ha hecho aparecer como en realidad no es.

—La ilusion, Emma, la engendra la hermosura física las mas veces, y por eso mas fácilmente acaba; pero cuando en una mirada ha leído uno algo que dice mas que las páginas mas sublimes; cuando al tratar á una persona descubre tesoros no ignorados, pero sí soñados durante mucho tiempo sin verlos convertidos en hermosa realidad, entonces nace en el alma esa afeccion purísima y santa que forma la mas dulce y tierna de las pasiones: el amor. Yo no vengo á vd. con esa nécia é injustificable costumbre de negar que el corazon ha latido antes por otra persona; no, sincero y leal, he confesado á vd.

que hasta hace poco ocupaba mi pensamiento otro sér. Si posible fuera guiar nuestras acciones segun el deber, segun la razon; si solo una vez se pudiera amar en la vida; si fuera tan feliz el hombre que la primera mujer á quien amó satisficiese todas las aspiraciones de su alma, yo habria contemplado á vd. con la delicia con que se admira una obra maestra del arte, y nada mas, pero no; yo he evocado mis recuerdos, he traído á mi memoria los juramentos que pronuncié antes de partir; he contemplado con los ojos del alma las lágrimas que acaso puede verter Isabel por mí; en todo eso y mas, he pensado, y, sin embargo, he creído que debia arrostrarlo todo, y declarar á vd. el amor que me ha inspirado. Yo no le pido á vd. cuentas de su pasado, no sé si el corazon de vd. ha pertenecido á otro, no; yo he amado á vd. desde que la conocí, y ese es para mí el instante en que vd. vino al mundo. El temor de que fuése á confundirme con aquellos que juran amor á cuantas mujeres encuentran en su camino, me hubiera retraído; pe-

ro creo que una jóven de talento sabe distinguir al amante verdadero de los galanteadores de oficio. Además, es tan limitado el tiempo de este viaje, que he vencido toda consideracion, y me tiene vd. á sus plantas implorando una frase siquiera de esperanza.

—En breve, Cárlos, vd. y yo nos separaremos. Mi suerte me volverá á mi hogar, y á vd., léjos del suyo; pero en medio de una sociedad culta, en donde hay tantas mujeres hermosas y amables, en donde la gracia, la simpatía y el amor son fuentes inagotables, allí, Cárlos, se olvidará de la desconocida compañera de viaje, y tal vez hasta de Isabel.

—¡Oh! no sea vd. cruel.

—¿No me tendría vd. por una coqueta vulgar si hoy, sin reflexionar ni un momento, correspondiese á su amor? Piense vd. bien, Cárlos, y verá cómo la razon es mia.

—¡Jamás! no, yo no creo que las coquetas son las que corresponden al hombre al declararles éste su amor; por el contrario, las coquetas, para ostentarse como en realidad

no son, fingen una vacilacion que no existe. La mujer que ama.....

—Bien; pero y si yo amase á otro.....

—Respetaria ese amor, y ya no importunaria á vd.

—No, Cárlos, yo no amo á nadie.....

¡Amor! ya que con una pluma de tus alas blancas, no puedo describir ese misterioso encanto, esa felicidad suprema que sienten dos almas al confundirse en una sola, tiende al menos tu mágica venda y cubre este pasaje que no me es dable trasladar aquí.

Mi existencia desde aquel momento fué un himno de amor y de ventura. Solo el que ha amado alguna vez con esa vehemencia de las almas ardientes, podrá juzgar hasta dónde era yo el mas feliz de los hombres.

Cada instante que pasaba me hacia descubrir un nuevo tesoro de amor y de dicha en el corazón de Emma. Sus palabras eran dulces como la miel de las flores; sus miradas suaves como la luz de la estrella de la mañana. Aquella frente pálida se habia cu-

bierto de una tinta suave de rosa, como las nubes del Oriente cuando se aproxima la aparicion del astro del dia.

Si la hermosura de Emma hubiera podido alcanzar mayor grado de perfeccion, permítaseme explicarme así, cualquiera habria descubierto en su semblante algo que no era de este mundo, algo mas bello que lo que nuestra mezquina inteligencia puede concebir. Yo he sido siempre un soñador; pero jamás aparicion alguna se me habia presentado revestida de tan divinos encantos. Y es que el amor trasfigura, idealiza y perfecciona.

Aquel amor no podia confundirse con otro alguno; estaba rodeado de magestad y de grandeza; el cielo habia escuchado nuestros juramentos; nuestra voz era apagada por el ruido de las olas, y la soledad nos habia prestado su misterio.

¡Isabel! qué distintas circunstancias acompañaron los breves dias de aquel fuego pasajero que confundimos con el amor del alma! Hoy ha sido el testigo de mis amores el infinito, mientras que nunca á tu lado pude

gozar tus caricias porque estaban pendientes de nuestras acciones, de nuestras miradas, todos los que creían tener un dominio sobre nosotros.

Perdóname, Isabel, y si eres generosa, bendice al cielo que me hace feliz.

La promesa del capitán se cumplió, por mi mal. Aun no doraba la superficie del mar el sol, cuando abandoné mi camarote en las primeras horas de la mañana del sábado. El buque ya no se movia; estábamos anclados frente al Castillo de San Juan de Ulúa.

Siempre es grato al viagero llegar al término de las travesías, mucho mas despues de haber estado expuesto al furor de las olas; pero mi alma no experimentó en esta ocasion sino un pesar muy grande, una tristeza sin límites. Yo hubiera querido prolongar indefinidamente aquella navegacion. Amaba yo el mar porque en su seno habia pasado las horas mas felices de mi vida.

La noche anterior habia yo acordado con Emma lo que debia hacer para emprender de nuevo el viaje.

En el bote en que la *sanidad* practicó su visita, bajé á tierra, no sin prometer al capitán que volvería á visitarle, pues tenía el buque que permanecer tres días en el puerto.

¡Qué triste me pareció Veracruz!

Emplée algunas horas en visitar á mis amigos, y al medio día volví á bordo.

En vano intenté que Emma y el capitán fuesen á la ciudad.

—¿Quiere vd., me dijo Emma, que me dé el *vómito*?

No pude replicar y varié de conversacion.

Excusado me parece decir que mis ideas á bordo se repitieron con frecuencia durante aquellos días. Por último, llegó el señalado para la partida, y cuál no fué la sorpresa de mi amigo el capitán cuando me vió volver en un bote con mi equipaje.

—Don Carlos, ¿qué pása que así se vuelve vd. á Sisal?

Que la revolucion se enseñorea del país, y que el camino que conduce á la capital de la nacion, está plagado de gavillas. Pero no crea vd. que me quedaré en Sisal; no,

pienso emprender un viaje de recreo, y pasaré á los Estados-Unidos y de allí á Europa.

—Hablaremos despues; mientras tanto escoja vd. otro camarote si quiere variar.

—No, capitán, el mismo en que he venido me servirá otra vez.

—Como vd. guste.

Habia cierta frialdad en las palabras del capitán, y yo estaba mortificado en extremo.

Afortunadamente las grandes pasiones nos hacen olvidar lo todo.

A las doce del día sonó el cañonazo de *leva* y comenzó á andar el buque.

Los pasajeros y tripulaciones de las naves ancladas en el puerto, se agolpaban con ávida curiosidad á mirar nuestra salida, y mas de un sombrero se agitó en el aire por algun desconocido que nos decia *adios* sin conocernos. Hay cierta simpatía entre los hombres que corren una misma suerte, que desafian unos mismos peligros. Por eso nada hay mas grato en alta mar que descubrir una vela en el horizonte y saludar con efusion á

las personas que cruzan el océano cuando los buques se ponen *al habla*.

Cuando despues de largos dias de navegacion, creyéndonos completamente aislados, con agua y cielo por único paisaje, encontramos que hay otros que desafian los mismos peligros que nosotros, el corazon se dilata y se siente algo que no es fácil explicar.

Habia en mi corazon cierta tristeza indefinible, cierto malestar de que no podia darme cuenta; así es que cuando dejé de mirar las arenas de la playa veracruzana, un suspiro exhalado del fondo del alma se escapó de mis lábios. Mi corazon palpitaba con violencia, un frio glacial discurrió por mis venas, y un presentimiento doloroso hirió mi corazon.

¡Qué pensamientos tan sombríos bullerón en mi cerebro!

Entonces recordé una circunstancia que habia olvidado en medio de la embriaguez del amor, y, lo confieso, me estremecí, como

si hubiera visto que el amar me abria en su seno una tumba ignorada.

Aquel número fatal de los que nos sentábamos á la mesa en el viaje anterior, me preocupaba hondamente.

Nada bueno debia esperar yo que habia formado parte de los *trece*, y me asustaba esta idea. Será una preocupacion, será una necesidad creer en estas cosas; pero era invencible para mí aquel temor al número trece.

Vino á distraerme el sonido de la campana chinesca que llamaba á comer. Deseaba yo ver á Emma, y al mismo tiempo reconocer á mis compañeros de viaje, y acudí á aquel llamamiento.

Mis presentimientos comenzaban á realizarse. Una vez sentados todos, y ocupando yo un lugar de distincion entre el capitan y Emma, encontré entre los pasajeros á tres paisanos míos que volvian á Sisal. Parece mentira, pero hay ocasiones en que los paisanos son una calamidad.

Se creen con derecho á juzgar todas nuestras atenciones; miran mal nuestra predileccion á los extranjeros, nos hacen recuerdos importunos, nos agovian con preguntas indiscretas y acaban por desesperarnos.

—¿Tan pronto te vuelves, Cárlos? me preguntó uno de ellos, ví tu nombre entre la litsa de pasajeros que publicó el *Progreso*, y no sabia que te hubieses dedicado al comercio; solo los comerciantes hacen viajes tan rápidos.

—¿Qué niño eres, Emilio! exclamó el otro sin darme tiempo de contestar, Cárlos creyó poder divertirse con este viaje; pero se ha convencido de que no puede vivir sin Isabel, y regresa á verla.

—No creo que tengan motivo vdes. para interpretar mis acciones. Razon he tenido para volver, y.....

—Hombre, interrumpió Emilio, por un viaje de unos cuantos dias te has vuelto hasta adusto.

Las impertinencias continuaron, y Emma, sin desplegar los labios, me miraba cada vez

que algunos de aquellos jóvenes pronunciaba el nombre de Isabel. El capitan sonreia maliciosamente y nos miraba á Emma y á mí.

¡Qué contrariado estaba yo! Un incidente mas y me arrepentia de haber emprendido el viaje. Pero ya no tenia remedio, y me revestí de una resignacion verdaderamente cristiana.

En la tarde, cuando anhelaba yo hablar con Emma, los paisanos me rodearon y apenas pude decirle:

—Esta noche hablaremos y tocaremos el piano, ¿quiere vd?

—Sí, Cárlos, yo lo deseo tambien.

Pero me dijo estas palabras con una languidez tal, que sentí helarse la sangre en mis venas.

Llegó la noche. Mientras mis paisanos jugaban á las cartas en el salon de fumar, en union de otros pasajeros, Emma y yo, y algunos momentos el capitan, hablábamos en el salon junto al piano.

Nada tocamos por temor de que la música

atrágese á los pasajeros y nos privasen del placer que anhelábamos disfrutar, hablando de nuestro amor.

Emma estaba muy triste, y mi corazón latía con violencia. Tomela una de aquellas sus manos blancas y diminutas, y la acerqué á mis labios. Estaba hirviendo.

—Emma, bien mio, tú estás enferma, exclamé lleno de emoción.

—Sí, Carlos, en las mortíferas costas de tu patria se respira fuego, se absorbe algo que produce la muerte. Yo me siento mal, muy mal. Acaso sea una enfermedad pasajera; no te aflijas y permíteme que me retire. Acompáñame; dame tu brazo porque sin tu apoyo no podría llegar á mi camarote.

Yo temblaba. Emma, al estrechar mi brazo, me dirigió una mirada tan llena de tristeza y melancolía, que hizo brotar una lágrima en mi pupila.

Tomé una de sus lindas manos y la besé otra vez, y corrí en busca del capitán para darle cuenta de todo.

¿Podría yo, acaso, trasladar al papel la

horrible angustia que se apoderó de mi corazón desde aquel momento? ¡Imposible! mi tormento fué inexplicable. Mi alma estaba herida, y mi corazón próximo á estallar.

Llegamos al puerto de Sisal. El capitán, temiendo grandes perjuicios, ocultó á la *sanidad* el que hubiese un enfermo á bordo, para evitar una cuarentena. Yo luché heroicamente para conseguir que mi amigo declarase la verdad, y la ciencia pudiera prestar sus auxilios á aquel ser que adoraba yo con delirio.

Inflexible se mantuvo el capitán, y concluidas las operaciones en el puerto, volvimos á levar anclas.

Hubiera yo preferido arrojarme al mar á quedarme en el puerto, á sufrir esa ansiedad espantosa que se siente cuando las pasiones revisten de formas colosales los mas ligeros padecimientos de los seres ausentes. Además, mis paisanos, que durante la travesía fueron mi sombra, y de los cuales huía yo como de la peste, habían desembarcado, y estaba yo, no solo, pero sí entre extraños.